



Eduardo Outeiro.
Cabaña de
Gustav Mahler en
Dobbiacco, Italia

Un espacio vital



Cabañas para pensar
Alberto Ruiz
de Samaniego
y José Manuel
Mourino (Eds.)
Fotografías
de Eduardo Outeiro
Fund. Luis Seoane y
Editorial Mata,
Madrid, 2011.
535 páginas.
21 euros.

Alicia Guerrero Yeste

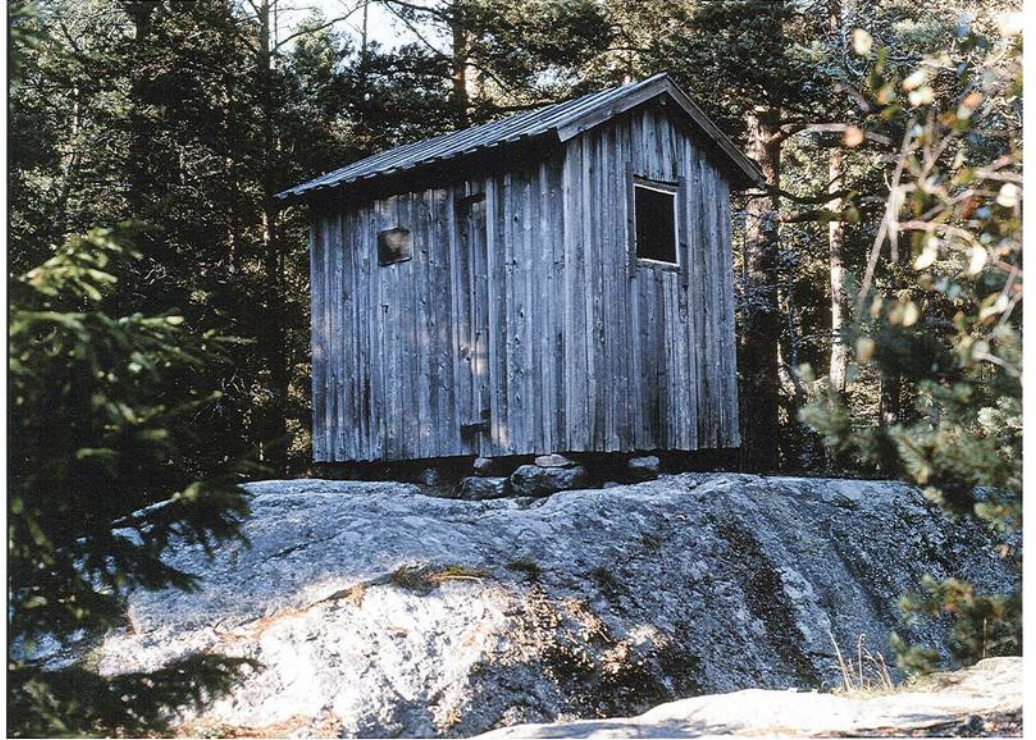
Cabañas para pensar es un recorrido por las cabañas donde filósofos, novelistas, poetas, músicos o artistas visuales se retiraban –por un determinado periodo de tiempo, desplazándose de sus lugares estables de residencia; o bien durante apenas unas horas diariamente. A través del libro y las serenas fotografías que Eduardo Outeiro ha hecho de estas arquitecturas se accede a una comprensión de estos espacios tanto en relación al paisaje que los circunda como en relación a su articulación interior, una suerte de autorretrato del que fuera su habitante. Tomando la magnificación de estas construcciones como refugios para aquello que Gaston Bachelard denomina “la inmensidad íntima”, se traspasa la esfera contemplativa que nos hace pensar en estas ca-

bañas como fetiches misticados asociados a la culminación del individuo para percibirlos más bien como territorios de una búsqueda individual. Territorios de proceso donde hacer integrarse la búsqueda vital y creativa.

Con sensible claridad, este volumen nos recuerda y explica que la cabaña es la expresión arquitectónica necesaria para la realización de una aspiración existencial moderna, contemporánea, y nos hace contemplar las imágenes de estas cabañas como aproximaciones individuales a la realización del arquetipo que encarna la posibilidad de esa realización.

Una cabaña no es una casa. Significa cobijo, pero implica un diferente sentido de cobijo al que ofrece la casa. El cobijo de la casa es el del bienestar y la estabilidad. El cobijo de la cabaña, en su deseada sencillez y austeridad extrema, es el de la incertidumbre y la transfor-

Eduardo Outeiro.
Cabaña de August Strindberg en el archipiélago Estocolmo, Suecia



Eduardo Outeiro.
Interior de la cabaña de Dylan Thomas en Laugharne, Gran Bretaña



mación. La cabaña es el refugio de aquel que se despoja, del que se retira deseando soledad y silencio, depuración y purificación. Su estructura elemental es la reverberación de una memoria arcaica, recuerdo que sobreviene sin conciencia de ser olvidado. Memoria que contiene que el construir fue una de las primeras evidencias complejas de reconocimiento consciente del hombre de su presencia en el mundo, de la que nace la imagen de ese arquetipo eterno en la que su cobijo reconoce el anhelo moderno de realización del *homo interior*, evolución que se aboca enteramente al extravío del hombre en el mundo de aquel anhelo eremítico de sumisión a lo divino que hace nacer el vocablo *capanna* en el siglo VII —diferente del término vitruviano que aludía a la idea de habitáculo primigenio. San Isidoro explica que *capanna* es un lugar a cubierto de las insidias de los hombres y ése es el concepto que, durante el siglo XIX, readoptarian —desde la veneración exaltada a la naturaleza del romanticismo— aquellos individuos (intelectuales y artistas) que escogían distanciarse de los dictámenes de la sociedad burguesa, desplazarse y abrazar ese retiro en una cabaña para posicionarse firmemente contra esa sociedad afirmándose simultáneamente a favor de la humanidad.



Eduardo Outeiro.
Cabaña de Virginia Woolf en Rodmell, Gran Bretaña

Daniel Defoe, en la construcción literaria de la cabaña de Robinson Crusoe escrita en 1719, prefiguraba ese ideal: la rudimentaria morada aislada de lo civilizado, refugio de un solitario ocupante (p. 84). La rudeza de la cabaña es el abandono de lo superfluo, la aceptación de una "transfiguración de lo cotidiano desde una absoluta humildad" (p. 27) que implica asumir la total reconfiguración de la propia concepción del ser. Thoreau o Heidegger, como dos ejemplos posibles de esta entrega plena a las energías vivas de la naturaleza en la que la masa del cuerpo del individuo (condicionado por la severidad de esa escogida vida austera) se convierte más intensamente en el cauce de experiencia para el espíritu y el alma y en la que, tal vez, pueda argüirse la metáfora del cuerpo como arquitectura. Endurecidos en esa "autodisciplina violenta" (en palabras de Nietzsche), la estructura del cuerpo y su recubrimiento de piel se convierten en las primeras referencias orgánicas para entender la rudeza ideal de la cabaña

y su posibilidad de reducción a la pureza para su ocupante.

Una pureza que no es asumida como beatífica o redentora. En la antítesis que confluye en nuestra idea moderna de la cabaña como causante de la sensación de extrañamiento ante la existencia del mundo y el sentimiento de seguridad absoluta que proporciona a su morador ese espacio propio y familiar (p. 33), surge el abismo de la soledad, "el espacio negro de la soledad más traumática" (en palabras de Virginia Woolf), mientras que se le acepta como el único intento posible de acceder al interior infinito de la naturaleza y el alma, la admisión de una mortalidad y una búsqueda de plenitud, tal vez de lucha contra la esterilidad, de gestación y generación de verdaderos frutos, como reflejan las palabras de Ludwig Wittgenstein: "¿Ha servido para lo que debía mi estancia en Noruega? Pues no puede estar bien que degenerare en una especie de vida de ermitaño mitad cómoda, mitad incómoda. ¡Tiene que producir frutos!".

Cada una de las cabañas que contiene este volumen es distinta: de la rudeza casi primitiva de las que fueron ocupadas por Wittgenstein en Skjolden (Noruega) o August Strindberg en el archipiélago Estocolmo, a la sobriedad humilde de los *writing sheds* de George Bernard Shaw en Hertfordshire o Dylan Thomas en Laugharne (ambas en Gran Bretaña); o el austero refinamiento de la cabaña de Edvard Grieg en el Lago Nordås (Noruega), las diferentes cabañas de Gustav Mahler, o la cabaña donde Derek Jarman pasó sus últimos años de vida en una intensa actividad creativa de la que fue parte esencial el jardín que cultivó alrededor de ésta. O tal vez esas otras cabañas donde no se percibe quizá una ruptura tan radical entre las normas del mundo y las normas del individuo pero que significaron algo más que refugios funcionales para obtener concentración. No obstante, confluye en todas ellas el haber sido reductos de la experiencia de la verdad innegable de la existencia.